
DOUGLAS COCHRANE

Thomas Cochrane

10.º Conde de Dundonald

El 31 de octubre de 1860 Thomas Cochrane, 10.º Conde de Dundonald, murió en Londres en la casa de su hijo primogénito. Pasó gran parte de los últimos dos años de su vida ocupado en escribir sus memorias. En este artículo es posible solamente describir en forma breve algunos de los incidentes principales de su vida tan variada. Las cartas que se refieren a su enjuiciamiento por manejos fraudulentos en la Bolsa se insertan aquí por primera vez. Ellas establecen su inocencia y manifiestan el sufrimiento soportado por él a causa de la sentencia injusta que provocó la salida de su propio país para buscar otro hogar en Chile. Una descripción amplia de sus actividades durante cualquier período de su vida requeriría mucho más espacio. Aun en pocas páginas se aprecia que lo que dijeron de Disraeli era también aplicable a él:

“Señores lores, el noble conde poseía indudablemente el don de estimular la imaginación, no sólo de sus paisanos sino también de los extranjeros, y dicho poder no se destruye por la muerte”.

Cuando Cochrane nació en Anark, el 14 de diciembre de 1775, aquella parte de las Américas, ahora los Estados Unidos de Norteamérica, era todavía colonia del reino de Gran Bretaña. En Escocia no se habían perdido las esperanzas de restaurar a los Estuados. La familia de Cochrane les había defendido, pues a ellos debía los honores y tí-

tulos recibidos. Cuando ya tenía edad avanzada, Cochrane jugaba con sus nietos, uno de los cuales vivió hasta la edad atómica.

La casa donde Cochrane pasó su infancia todavía está en una escarpa sobre el puente de Culross, cerca de las ruinas de un monasterio benedictino con vista sobre el Firth of Forth. Después de una visita a Culross el 19 de junio de 1830, sir Walter Scott escribió en su diario:

“La belleza de Culross consiste en las terrazas magníficas que se elevan en la playa y dominan la ribera del otro lado, que se llama Lothian”.

En este hermoso ambiente Cochrane desarrolló un fuerte deseo de ser marino. Como su madre era la hija de un oficial naval distinguido, ella probablemente era tolerante con él cuando trataba de aparejar las sábanas de la cama como velas.

El padre de Cochrane, el 9.º Conde de Dundonald, había gastado la fortuna familiar en sus laboratorios. Aunque hizo descubrimientos de importancia, nunca recibió ninguna recompensa cuando éstos fueron utilizados. En 1795 publicó un trabajo sobre agricultura y química que antecedió en casi 20 años al trabajo de sir Humphrey Davy sobre los mismos tópicos. Estudió una preparación económica de Salom y también procesos para obtener cerusa o albayalde y la destilación de carbón. Muchos de sus experimentos tenían que ver con el carbón, pues

cerca de su casa existían minas de importancia. Es un hecho que cuando el 9.º conde estaba en desacuerdo con un vecino, no vacilaba en socavar su propiedad hasta producir un suave desplome de ella, lo que hacía persuadir al vecino a apreciar la justicia del punto de vista del conde. El costo de los experimentos no dejó suficiente dinero para enviar a los hijos al colegio. Un tutor francés católico fué contratado por un tiempo, pero tuvo que irse luego de haber cazado una urraca con una escopeta en un día domingo, lo cual era contrario a las costumbres de la Iglesia de Escocia. Cochrane, por consiguiente, tenía mucho tiempo disponible para pasarlo en el laboratorio.

Ayudando a su padre, adquirió una habilidad y afición en experimentar que desarrolló de diversas maneras durante su vida. Han acusado a Thomas Cochrane de estar demasiado interesado en ganar dinero. Es cierto que al final de su vida pasó mucho tiempo tratando de obtener de los gobiernos de Chile, Brasil e Inglaterra, el dinero que él consideró se le debía. El hecho de no haber tenido suficiente dinero para comprar sus ropas cuando ingresó a la Marina debe haberlo impresionado hondamente. De los grandes bienes de su familia sólo heredó un castillo en ruinas, un reloj de oro y el humo de los experimentos de su padre.

Cochrane pasó los primeros años a bordo en el Puesto de América del Norte, lejos de las conmociones de las guerras europeas. Sin embargo, recibió un excelente entrenamiento en asuntos náuticos de un tal Jack Lamour, uno de los pocos oficiales que habían sido ascendidos de marinero a oficial. En 1800 hicieron a Cochrane comandante del buque "Speedy", un bergantín convertido de 158 toneladas. Su armamento era de poca importancia, pues Cochrane podía llevar el peso completo de una andanada en sus bolsillos. Pudo equipar el bergantín con una vela mayor más grande y con una buena tripulación salió para acosar y saquear barcos de la costa. El triunfo de un viaje exitoso fué la captura de una fragata española: "El

Gamo", que tenía una andanada de 192 libras y una tripulación de 319 hombres. El "Speedy" sólo tenía una andanada de 20 libras y una tripulación de 54 hombres. La batalla comenzó a las 9.30 A. M. del día 6 de mayo. "El Gamo" inició sus disparos desde lejos. Cochrane reservó su acción y se introdujo por bajo la banda de sotavento de "El Gamo", donde, debido al tamaño del "Speedy", los cañones españoles no podían reducir el grado lo suficiente para hacer mucho daño. Los españoles dieron la orden de abordar. El "Speedy" se alejó un poco y disparó sobre los abordadores. El capitán y el contraamaestre fueron muertos. Después de una hora de maniobrar inteligentemente para evitar las andanadas del buque español y, al mismo tiempo, seguir disparando, Cochrane decidió abordar. "El Gamo" fué abordado en dos sitios, lo que causó confusión entre los españoles. Cuando la pelea estaba en lo más feroz, Cochrane gritó desde la cubierta de "El Gamo" para que mandasen otros 50 hombres, aunque él sabía muy bien que solamente habían quedado 12 a bordo del "Speedy". Al mismo tiempo, uno de los tripulantes arrió la bandera española y el buque se entregó. Con esta victoria comenzó su fama.

Durante los siguientes 6 años Cochrane peleó contra los franceses, los españoles y el Almirantazgo británico. Cochrane nunca se llevó bien con sus superiores. Al criticar era poco atinado, impaciente de las restricciones y dispuesto a sentirse ofendido. Sin embargo, desde agosto de 1806 a febrero de 1809 tuvo años brillantemente fructuosos siendo Comandante del "Imperieuse". Fué durante un viaje en 1807 que Cochrane demostró por primera vez la manera en que el comando de los océanos podría dar la ventaja de mayor movilidad para atacar posiciones defensivas fijas. La guerra había cambiado. Los españoles peleaban contra los franceses, quienes sufrían ataques de los catalanes, que se oponían a su presencia en el Principado.

El duque de Wéllington empezaba la guerra peninsular en Portugal. Como los britá-

nicos tenían el comando casi absoluto de los mares, las comunicaciones entre Barcelona y la frontera francesa eran limitadas a un solo camino, que, a causa de las montañas, tenía que seguir por la costa. Cochrane decidió bloquear este camino.

Rosas es un pequeño puerto de pescadores situado en este camino, a más o menos 100 millas al norte de Barcelona. Tropas españolas y catalanas habían expulsado a los franceses y trataban de mantenerse en el pueblo hasta que llegaran más soldados. St. Cyr, con 6.000 hombres, marchaba del norte hacia Barcelona. Un castillo y una fortaleza formaban parte de las defensas del pueblo. La fortaleza estaba situada en el brazo de una bahía más o menos a media milla al norte del pueblo, desde donde dominaba el camino de la costa que pasaba entre el castillo y el mar.

La fortaleza estaba situada en las colinas y muy expuesta a ataques desde los terrenos más altos, si el enemigo lograba colocar un cañón. Cochrane pasó dos días estudiando la posición. El 23 de noviembre desembarcó con dos tenientes y 100 hombres para comenzar los trabajos de fortificar las defensas. El efecto de su llegada está descrito en un diario que se llevó durante el asedio por el comandante de las tropas españolas:

“Día 23.—Asimismo recibió el Gobernador una carta del Comodoro, en la que le notifica que Lord Cochrane se halla en el Castillo de la Trinidad trabajando con la gente de su fragata en tapar una gran brecha, notificándole además que se mantendría en él para ayudar a su defensa”.

“Día 24.—El Gobernador del Castillo de la Trinidad avisó en oficio que la gente se ha tranquilizado con la presencia de Lord Cochrane”.

“Día 26.—...el referido capitán, que vistas las acertadas providencias del heroico Lord Cochrane, no hay que recelar por la suerte del castillo en algunos días”.

Esto fué tomado del diario de un sitiado (redacción histórica de los sucesos ocurridos

en Rosas con motivo del sitio y rendición de la plaza a los franceses en el año 1808).

Marryat, quien estaba presente como guardiamarina, ha dado una narración de este sitio en una de sus novelas. Estas novelas fueron escritas cuando Marryat se retiró del mar, y cuando Cochrane aparece en ellas demuestran no solamente su habilidad extraordinaria como marino, sino también la fuerte impresión que su originalidad causaba entre sus oficiales y tripulación.

Como resultado de este sitio, que se mantuvo con todo coraje e ingeniosidad, St. Cyr tuvo que perder tiempo en Ampurdán. Por fin, cuando ya no era posible resistir más, Cochrane retiró su gente al “Imperieuse”. Durante el sitio, tres hombres fueron muertos y tres seriamente heridos. Este tipo de acción en la costa, donde pequeñas y bien disciplinadas fuerzas molestaban y desorganizaban fuerzas mucho más poderosas, hizo que Bofarull escribiera en su *Historia crítica de la guerra de la independencia en Cataluña*, volumen I, página 224:

“Si las comunicaciones oficiales francesas por tierra eran difíciles, las comunicaciones marítimas fueron casi inabordables debido a la estrecha vigilancia de la escuadra inglesa a lo largo de toda la costa catalana. Desde luego, los franceses no pudieron nunca emplear las rutas del mar para el transporte de tropas y de material bélico; sólo una vez, en abril de 1808, arribó al puerto barcelonés una escuadra imperial convoyando 20 buques a cuenta del ejército francés”.

El “Imperieuse” regresó a Plymouth en marzo de 1809. Escogían a Cochrane para efectuar tareas difíciles. Una flota francesa de once grandes buques estaba en Aix. Se creía que los franceses tratarían de abrirse paso a través del escuadrón bloqueador. Antes de que esto pudiera suceder, el Almirantazgo decidió realizar un ataque con buques incendiarios. Lord Gambier, el Almirante inglés en comando, no era muy entusiasta de la idea y Cochrane aceptó la tarea con desgano. Después de preparativos muy cui-

dadosos se hizo el ataque de noche. Aunque algunos de los buques incendiarios explotaron demasiado temprano, la flota francesa entró en confusión, pues, al amanecer, al bajar la marea, se advirtió que 9 de los buques franceses se hallaban varados. Cochrane hizo señales dando la noticia a la flota principal, que estaba a diez nudos mar adentro y esperó que Gambier se acercara para el ataque. No hubo, sin embargo, ninguna señal de movimiento a bordo del buque del Almirante. Se enviaron más señales, indicando la facilidad con que se podría aniquilar la flota francesa en la situación en que se encontraban. Gambier no envió buques para el ataque. Al subir otra vez la marea, los buques franceses se pondrían nuevamente a flote. Entonces Cochrane decidió atacar a la flota solo y a mandar señales a Gambier diciéndole que, como iba a atacar una fuerza superior, necesitaba ayuda. Abrió fuego sobre el "Calcuta", el buque almacén de la flota francesa, que inmediatamente se entregó. Dos buques de guerra y 6 fragatas entraron ahora al ataque. Al caer la tarde tres grandes buques franceses se rindieron y el "Calcuta", debido a un accidente, hizo explosión. Durante la noche se lanzaron otros brulotes, pero flotaron fuera del rumbo preciso. A las 4 A. M. Gambier hizo señales llamando a los buques, y las naves que habían estado ayudando a Cochrane se retiraron. Entonces Cochrane mandó una señal: "Si me permite quedarme, puedo destrozarse al enemigo". A esto Gambier contestó enviando un bote de su buque insignia con una carta congratulando a Cochrane por lo que había hecho ya y diciéndole que, como era imposible hacer más daños a los barcos franceses, Cochrane debería regresar al buque insignia, porque él (Gambier) deseaba tener algunas informaciones para sus despachos. Había un post scriptum que contradecía la carta, porque decía así: "He dado órdenes para que tres bergantines y dos botes de cohetes se unan a Ud. para efectuar un ataque sobre los buques que están vara-

dos". Cochrane quería actuar según el post scriptum, pero ya era demasiado tarde y estimaba que él solo ya no podía tomar más acción. Fué a bordo del buque insignia y trató de persuadir una vez más a Gambier que debían atacar con buques de línea grandes, antes de que se hiciera más tarde. Gambier rehusó considerar la cosa y dió órdenes a Cochrane de llevar los despachos a Inglaterra. Cochrane en esa época estaba en la excepcional posición de ser un oficial en la Marina y miembro de la Cámara de los Comunes.

Cuando supo que el gobierno tenía la intención de formular un voto de agradecimiento por la victoria "brillante y gloriosa" de Lord Gambier, dijo a Lord Mulgrave, Primer Lord del Almirantazgo, que él se opondría a la moción en la Cámara de los Comunes. Lord Mulgrave trató de disuadirlo de tal acción sin tino y dañosa a sus propios intereses y, para disuadirlo e inducirlo a que se fuera del país, le ofreció el comando de 3 fragatas y un regimiento. Cochrane rechazó la oferta y se mantuvo en su intención. Cuando Gambier supo que lo iban a atacar en el Parlamento, solicitó un Consejo de Guerra. Oficiales jóvenes y el público no estuvieron de acuerdo en que Lord Gambier recibiera un voto de agradecimiento por una acción que había chapuceado. Sin embargo, los Oficiales Mayores y el gobierno estaban resueltos a que Gambier fuera absuelto y se arreglaron los procedimientos en tal forma que Gambier tuviera todas las ventajas. El resultado fué que Cochrane había ofendido a las autoridades y nada había conseguido. Lord Gambier fué absuelto. Al proponerse la moción de agradecimiento en la Cámara de los Lores, un Lord que había desempeñado el puesto de Primer Lord del Almirantazgo, declaró que había sido un error haber jamás nombrado a Lord Cochrane. Napoleón era de otra opinión. En Santa Elena expresó: "Cochrane podría haberlos no solamente destruído, sino posiblemente haberlos sacado a flote, si el Almirante lo

hubiera asistido, como debió haberlo hecho. El Almirante francés era malo, pero el inglés también lo era”.

Después del Consejo de Guerra, Cochrane creyó que era su obligación utilizar su influencia en la Cámara de los Comunes para poner de manifiesto la corrupción que existía en círculos oficiales. No volvió a servir en la Marina Británica por un período de casi 40 años. En 1806 Cochrane había sido elegido por el distrito de Honiton. Su plataforma era oponerse y eliminar el soborno. Esto sucedió en su primera elección, después de la cual dió un regalo importante a los que habían rechazado los sobornos de su rival. En la segunda elección fué elegido por una gran mayoría. Sus partidarios esperaban una gran recompensa. No recibieron nada, porque Cochrane consideró que iría en contra de los principios expresados por él. Los partidarios se sintieron muy molestos.

En 1807 Cochrane quiso ser elegido por el distrito de Westminster. Su organización era nula, no tenía contactos, pero fué elegido como un amigo de las reformas y enemigo de la corrupción. En la Cámara de los Comunes se asoció íntimamente con radicales tales como Cobbett, Palace y Hunt. Cochrane atacó vigorosamente al gobierno por robos en los astilleros y por los abusos en la administración de los tribunales de presas. Criticó duramente a muchas sinecuras de que gozaban algunos partidarios del gobierno. Tomando como ejemplo las ricas pensiones pagadas de los fondos públicos, sin que se hubiera hecho ningún trabajo u ocupado ningún puesto, los comparó con los miserables premios dados a aquellos que habían perdido una pierna o un brazo al servicio de la patria. No siempre sus discursos fueron cuidadosamente preparados —y nunca, nunca, con moderación—. A veces llegaba a la Cámara de los Comunes en los hombros de sus simpatizantes. El gobierno lo consideraba como a un agitador peligroso.

En febrero de 1814 Cochrane fué agobiado por un desastre que cambió su vida. En la tarde antes del desastre era un hombre fe-

liz. Dos años antes había contraído matrimonio con Katherine Cobbett Barnes. Cochrane vió a la señorita una mañana en el parque. Decidió casarse con ella. Al casarse Cochrane perdió dos fortunas. Un tío rico le había asignado una heredera muy acaudalada, se mostró tan disgustado con el matrimonio que desheredó a su sobrino. Cochrane nunca tuvo una sola razón para arrepentirse de haber escogido a su esposa. Ella lo ayudaba en todas las crisis y se portó con gran valentía en Chile y en el Perú, donde la admiraban mucho por su belleza.

Como Comandante Naval Cochrane tenía una destacada reputación. Alison, del partido de los conservadores, escribió lo siguiente en su *Historia de Europa*:

“Después de la muerte de Nelson, él era el Comandante Naval más notable en aquella época de gloria. El igual de su famoso predecesor en coraje personal, en entusiasmo y en su amor a la patria, Cochrane era superior a él en su originalidad, poder inventivo y recursos inagotables”.

En el mundo de la política nunca tuvo la misma habilidad. En Inglaterra no alcanzó a comprender las complejidades de la política y del gobierno y en el extranjero siempre creyó que una Constitución del tipo británico, introducida por elecciones libres, aseguraría la libertad política y que ésta era la compañera del progreso social y económico. En Inglaterra estos defectos eran su fuerza. Como resultado de una larga guerra con la Francia revolucionaria, el gobierno se inclinaba a ver objeciones a toda propuesta de cambio. El precio subido del trigo había traído sufrimientos a los pobres y ganancias a la mayoría de aquellos que tenían asientos en la Cámara de los Comunes. Aun Canning vió peligro en la causa de las reformas parlamentarias. En estas circunstancias, los pocos miembros radicales, repitiendo insistentemente, obligaron a la mayoría disgustada a reconocer los hechos desagradables acerca del descontento reinante en el pueblo. Los peligros de una revolución sangrienta se amainaban, mientras los radicales mantuvie-

sen viva la esperanza de que las reformas saldrían de la Cámara de los Comunes.

En la política, la ciencia y la guerra, el futuro parecía ofrecer muchas resplandecientes posibilidades. A mediados de junio de 1814, aquellas posibilidades parecían haberse desvanecido para siempre.

El 20 de febrero de 1814, un hombre que se daba el nombre de R. de Bourg desembarcó en Dover. El sostenía que traía despatches de Lord Cathcart anunciando la caída de Napoleón Bonaparte. Como resultado de esta noticia, los bonos del gobierno en el Stock Exchange de Londres (Bolsa de Londres) subieron muchísimo. Algunas personas vendieron sus lotes e hicieron grandes ganancias. Hubo dudas sobre la noticia y al día siguiente se supo que era falsa. Era claro que el público había sido víctima de un fraude. Se hizo una investigación por un Comité de la Bolsa y, como resultado de esa investigación, se entablaron procedimientos criminales contra aquellos a quienes se creía culpables. Entre éstos estaban Cochrane, su tío Cochrane-Johnstone y un corredor, conocido de ambos, de nombre Butt. Muchas veces se ha descrito el juicio que siguió. No es posible aquí dar cuenta de todos los testimonios y evidencias que algunos escritores han creído de ninguna importancia. De la culpabilidad de Cochrane-Johnstone no había duda. Cochrane admitió que se había visto a De Bourg en la noche de la burla, pero se negó que dicha entrevista hubiera sido conectada con el asunto de la Bolsa. De Bourg, o De Berenguer, que era su nombre real, había pedido a Cochrane un pasaje en su buque, porque quería huir de sus acreedores. El corredor de Bolsa había vendido y esta transacción hay que mirarla a la luz de la carta que sigue y las instrucciones que habían sido dadas mucho antes que se vendiera, en el caso de haber un aumento del 1%. Si el corredor hubiera esperado, se habría obtenido una ganancia mucho más grande. Cochrane, con la confianza de la inocencia, no se interesó en la defensa. Prestaba entonces toda su atención a una patente para una

lámpara. Como resultado de esta negligencia no se llamaron testigos importantes para la defensa y la parte contraria, con ayuda de testigos sobornados, presentó pruebas que podían haber sido refutadas en un interrogatorio. Lord Ellenborough, el juez, permitió que sus opiniones políticas influyeran en el caso. El primer día, la vista de la causa no terminó hasta las 10 P. M. Normalmente la Corte hubiera levantado la sesión. Tanto los testigos como el jurado estaban agotados. Lord Ellenborough insistió en que la defensa presentara su caso. La Corte se levantó a las 3 de la mañana. Cochrane, Cochrane-Johnstone y Butt fueron enjuiciados juntos. Las consecuencias de esto fueron descritas en una carta de William Jackson, quien era secretario de Cochrane en aquella época, a un tal señor Earp. En el momento de escribir dicha carta, Cochrane estaba colectando material para escribir su autobiografía.

“Muy señor mío,

Ud. es conocedor de que Lord Cochrane hizo todo lo posible para evitar ser procesado conjuntamente con Cochrane-Johnstone y que no tenía objeción ninguna para que su defensa se hiciera conjuntamente con el señor Butt, a quien creía inocente, pero declaró que no consentiría que se agregara otra persona. Pero el Consejo, personas eminentes como eran, persistió en unir las defensas, cometiendo el raro y fatal error de prejuzgar que, como estos individuos habían tenido parte en la especulación, todos eran o inocentes del fraude o culpables. El abogado Serjeant Best, tomado por el señor Johnstone, representó a los tres y fué el único que habló en su favor. Topping, Scarlett y Brougham mantuvieron silencio, salvo cuando examinaban testigos. Cochrane-Johnstone tenía el deseo de unir su defensa a la de Lord Cochrane, en la esperanza de ocultar su culpabilidad tras de la inocencia de Lord Cochrane, pero esto tuvo un efecto contrario. Mantuvo a Lord Cochrane fuera del tribunal, escribiéndole a Hollis Hill que

podía tener confianza y asegurándole que De Berenguer probaría que no era el mensajero fraudulento y que establecería una clara coartada. Y el hecho es que Lord Cochrane no estaba convencido de que De Berenguer era el culpable, hasta que fué comprobado en el juicio en el cual él mismo fué erróneamente condenado. Cochrane-Johnstone, con todos sus defectos, sentía un gran afecto por su sobrino y orgullo por su buena reputación como Oficial Naval, y para evitar comprometerlo en el fraude, que estaba meditando, indujo al señor Butt a vender sus bonos mientras Lord Cochrane se hallaba a bordo de su buque, afirmando plausiblemente que, siendo tan renombrado como oficial naval, no debería especular en los papeles y bonos del gobierno. Si hubiera declarado su verdadera razón, que tenía la intención de elevar el precio de dichos bonos por medio de un fraude, Lord Cochrane no hubiera renovado su cuenta con el señor Butt, lo que desafortunadamente hizo, quedando disgustado con la interferencia del señor Johnstone, lo que había inducido al señor Butt a vender sus bonos prematuramente y sin ganancia y aun con algo de pérdida. Cochrane-Johnstone no se atrevió a decir ni a Lord Cochrane ni al señor Butt sus intenciones de perpetrar un engaño; tenía temor de la indignación del primero y de la integridad y locuacidad del segundo.

La mayor parte de los bonos de Cochrane-Johnstone fueron comprados para él por un corredor de Bolsa que se llamaba Hutchinson, quien negó en la Corte que conociera a Lord Cochrane o al señor Butt. Sólo este hecho debería haber abierto los ojos del señor Scarlett y haberle demostrado la necesidad de defender a Lord Cochrane separadamente de Johnstone.

Espero que su salud haya mejorado.
De Ud. muy sinceramente”.

William Jackson.

Debido a la manera como se condujo la defensa ninguno de estos hechos fué puesto

en conocimiento de la Corte. En una carta anterior, Jackson escribió al señor Earp, como sigue:

“Estoy enterado de que no puede haber una completa justificación de Lord Cochrane sin admitir la culpabilidad de su tío Cochrane-Johnstone, y también sé que Lord Cochrane encuentra el asunto de incriminar a su tío muy delicado porque la viuda de Lord Napier es la hija de Cochrane-Johnstone”.

Esta sugerencia de que Cochrane rehusó establecer su propia inocencia porque con ello incriminaba a su tío, está confirmada en las cartas de Lady Napier, quien en Pascuas de 1859 escribió a Cochrane lo siguiente:

“Ambos hemos sufrido mucha angustia mental, aunque en grado diferente, porque tu suerte fué de veras la más dura que un hombre honorable puede ser llamado a soportar. Oh!, mi querido primo, déjame decir una vez más, mientras estamos todavía aquí, cómo siempre, desde aquellos infelices días, he sentido lo que tú sufriste a causa de la culpa de mi padre. ¡Cuán dolorosa era esa convicción! Siento mucha gratitud por la justicia que, aunque tarde, se te puede hacer. ¡Ojalá que Dios te recompense muchas veces por la confianza equivocada depositada en mi padre, y en tu indulgencia subsecuente!”

El 27 de junio de 1877, Lady Napier escribió a Lord Cochrane, después 12.º Conde de Dundonald:

“Espero que conservarás la carta que entregué en tus manos ayer y que la guardarás con los papeles de la familia, no solamente como un testimonio valioso de la completa inocencia de tu querido abuelo, del delito de que lo acusan, sino también como singular evidencia de su gentileza de caballero para los sentimientos de los demás.

Siempre supe que fué por consideraciones a mi persona que jamás quiso culpar a mi pobre padre, y muchas veces he tenido remordimientos por conservar silencio, y cuando él iba a publicar su biografía le pedí que no retuviera nada que pudiera serle útil, que

no pensara en mis sentimientos y dijera la pura verdad, pero insistió hasta el fin, a pesar de todo lo que le dije. Creo que exageró su reserva y que, para su propia reputación, debió haber tenido menos caballerosidad; pero con toda seguridad era un equívoco muy noble.

Si esta carta puede ser útil para ti, puedes darla a conocer. Si aclara algunas dudas de personas que todavía no están convencidas de la inocencia de mi querido primo, será un gran consuelo para mí”.

En los últimos tres años se han publicado dos libros que tratan de sostener que Cochrane era culpable de una conspiración delictuosa. Ya no existe una justificación para tal conclusión.

El 14 de julio fué pronunciada la sentencia. Cochrane fué condenado a una multa de mil libras, a ser encarcelado por doce meses y a sentarse en el cepo frente de la Bolsa por una hora. Casi inmediatamente lo expulsaron de la Cámara de los Lores y de la Marina. Cochrane nunca se sentó en el cepo, porque el gobierno, temiendo un motín, abolió el castigo. Al principio se negó a pagar la multa. Luego que hubo cumplido el período de encarcelamiento no pudo abandonar la prisión, pero el estado de su salud había desmejorado tanto que al fin lo persuadieron a que pagara la multa.

Escribió en el reverso de un vale por mil libras:

“Habiendo sufrido mi salud debido al largo y estrecho encierro y estando mis opresores resueltos a quitarme mi propiedad o mi vida, me someto a este robo para protegerme de asesinato y en la esperanza de que viviré para traer los delincuentes a la justicia”.

(En la Prisión de King's Bench).

Cochrane, julio 3 de 1815.

Después de estos desastres, Cochrane continuó promoviendo la causa de la reforma.

Persuadió a Cobbett a publicar una serie

de panfletos baratos explicativos de los objetivos radicales. El gobierno introdujo medidas más represivas y esta campaña se suprimió. Sin embargo, el amargo resentimiento contra la injusticia que había sufrido lo llevó a actitudes extremas que hicieron daño a su propia causa. Sus talentos no se acomodaban a agitaciones políticas. Salió de estas actividades poco satisfactorias por medio de una invitación a tomar el comando de la flota chilena. En febrero de 1818, José Alvarez Condarco, el agente del gobierno de Chile en Londres, escribió a su país:

“Tengo la satisfacción de informarles que Lord Cochrane, uno de los más eminentes y valientes marinos de la Gran Bretaña, se ha comprometido a viajar a Chile para asumir la dirección de nuestra flota. Es una persona muy recomendable no sólo por sus principios liberales, con los cuales ha sostenido la causa del pueblo inglés en su parlamento, sino porque tiene un carácter muy superior a egoísmos ambiciosos”.

Cochrane, con Lady Cochrane y su hijo Tommy, llegaron a Valparaíso el 28 de noviembre de 1818, a tiempo para asistir al banquete de los escoceses en el Día de San Andrés. Un poco antes de su llegada, la escuadra chilena, bajo el mando del Almirante Blanco Encalada, había capturado el buque “María Isabel” en la bahía de Talcahuano. Este hecho aumentó el júbilo de la fiesta. Las relaciones entre el Almirante Blanco Encalada y Cochrane fueron excelentes desde un principio. Blanco dejó el mando de la flota a Cochrane y lo sirvió lealmente durante toda la campaña. El 22 de diciembre de 1818 Cochrane enarboló su bandera en el buque “O’Higgins”, como Vicealmirante de Chile y Almirante y Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de la República. El nuevo Almirante quiso hacerse a la mar lo más pronto posible. El día 2 de enero de 1819 los buques “O’Higgins”, “San Martín”, “Lautaro” y “Chacabuco”, estuvieron listos para zarpar y salieron rumbo al norte. En la escuadra se embarcó también Thomas Cochrane, el hijo del Almirante, quien, a la

edad de 5 años, presencié una acción de guerra de la flota chilena. En una oportunidad en que una bala derribó a un marinero que estaba parado al lado del muchacho, su padre dijo a la criatura que pusiera la mano en el hueco hecho por la bala y la retuviera allí porque "nunca una bala entra por el mismo hueco dos veces".

Se esperaban grandes cosas del nuevo Almirante chileno. Los dos primeros viajes por mar no produjeron resultados espectaculares, pero permitieron a Cochrane probar los buques, adiestrar las tripulaciones y obtener una valiosa experiencia de la costa.

Durante el primer viaje, Cochrane y el virrey en Lima cambiaron cartas referentes a prisioneros chilenos encerrados en deplorables condiciones a bordo del "Maipú". El virrey expresó sorpresa de que un noble escocés tuviera el comando de la flota de un país que no era reconocido en ninguna parte del mundo. Cochrane contestó que un noble escocés era un hombre libre y, por consiguiente, tenía el derecho de adoptar cualquier país que estuviera haciendo esfuerzos por restablecer los derechos de la humanidad afligida. Esta célebre y quijotesca contestación debió dejar al virrey aún más atónito.

Tanto el gobierno como Cochrane tenían deseos de lograr un resonante éxito. Cochrane se sintió desengañado por la falla de los cohetes del señor Goldsmith en El Callao durante el segundo viaje. Tomó la resolución de dar un golpe audaz. Empleando solamente el "O'Higgins", Cochrane se dirigió al sur para efectuar reconocimientos de la ciudad de Valdivia, que estaba muy bien defendida.

El buque insignia llegó el 11 de febrero bajo bandera española y lo confundieron con la fragata española "Lucha", que era esperada desde hacía mucho tiempo. Enviaron un piloto con un oficial y una escolta. Los tomaron prisioneros y los persuadieron para que transmitieran una información útil. Cochrane se retiró con rumbo a Concepción para buscar tropas para el ataque. El Comandante en Concepción era el General

Freire. Sin esperar recibir autorización de Santiago, facilitó a Cochrane 600 soldados para llevar a cabo la peligrosa empresa. El 25 de enero el buque zarpó otra vez para Valdivia. Aparte del Almirante, había a bordo solamente dos oficiales, de los cuales uno estaba arrestado por insubordinación y el otro era incompetente. En estas circunstancias, Cochrane se veía obligado a ejecutar mucho trabajo de detalle para hacer navegar el buque. El 29 de enero el barco se encontraba navegando con un mar en calma. Cochrane se sentía muy cansado, por lo que decidió irse a dormir, dejando a un guardiamarina a cargo del buque. Se levantó una brisa y el guardiamarina, incapaz de controlar el barco, lo varó en una roca peligrosa. Las bombas no funcionaban y el carpintero no pudo repararlas. El buque estaba en peligro de hacerse pedazos. Cuando Cochrane subió a cubierta encontró que los soldados estaban alistándose para abandonar el barco que se hundía. Era un mal momento, quizás el más crítico para Chile. Si el barco se hubiera hundido antes de la captura de Valdivia, se hubieran hundido con él sus esperanzas y su futuro en Chile. No había tiempo para hacer lúgubres reflexiones. Observando que era imposible llegar a la costa por la fuerte oleada y porque no había suficientes botes, Cochrane ordenó achicar, mientras él reparaba las bombas. Después de un gran esfuerzo, lograron dominar la vía de agua, reflataron el buque y continuaron viaje a Valdivia.

La captura de Valdivia por un contingente muy inferior en número a las tropas de defensa fué un hecho notable. Los españoles no habían escatimado ni dinero ni trabajo en preparar las defensas. Ambos lados del canal que conducía a Valdivia estaban defendidos por fortalezas que protegían la entrada y fondeadero frente al puerto. Sus cañones cortaban y cubrían la entrada y había un número adecuado de tropas y municiones para defender las fortalezas. Los españoles, colocados tras estas fortificaciones, que les daban todas las ventajas para su defensa,

pueden haber creído que era imposible llevar a cabo un ataque en serio. Cochrane estaba muy contento de que sus adversarios tuvieran este falso sentido de la seguridad. Siempre sostenía que los proyectos no sospechados por el enemigo y emprendidos después de una cuidadosa preparación y efectuados con resolución, tenían buenas probabilidades de éxito. Con ayuda del Mayor Miller y el teniente Vidal realizaron un ataque de sorpresa por tierra.

Cochrane pudo demostrar en Valdivia que sus teorías habían tenido éxito en la práctica.

Después de un infructuoso intento para capturar Chiloé, Cochrane nombró a Beauchef, quien había peleado bajo Napoleón, como Gobernador de Valdivia y regresó a Valparaíso.

De febrero a agosto Cochrane estuvo preocupado en la preparación de la *Expedición Libertadora*. En esto Cochrane tuvo algunas dificultades, pues no siempre estaba de acuerdo con Ignacio Zenteno, el Ministro de Marina, a quien Cochrane consideraba inapropiado para el cargo. También hubo dificultades acerca de las provisiones y la disciplina de la flota. Existían intrigas políticas y celos personales.

A pesar de estas dificultades, Cochrane no admitió que su autoridad como Comandante en Jefe de las fuerzas navales fuese violada. Cuando las cosas se ponían demasiado difíciles, amenazaba con presentar su renuncia y las autoridades se dieron cuenta de que si permitían eso casi la totalidad de los oficiales seguirían su ejemplo.

El 21 de agosto de 1820, después de vencer muchas dificultades, Bernardo O'Higgins pudo mirar la salida de la importante expedición. Enrique Molina ha escrito lo siguiente:

“El drama de América volvió a tomar proporciones de epopeya. Los nudos atados por las audaces hazañas de Cortés, Pizarro, Almagro, Jiménez de Quezada, Pedro de Valdivia y muchos más, fueron cortados por las

heroicas espadas de Bolívar, San Martín, Sucre y O'Higgins”.

Tanto para San Martín como para O'Higgins era la cumbre de su fama. Durante los primeros años de la independencia, O'Higgins había representado el corazón y la inspiración de Chile. Sin embargo, su período en el mando como Director Supremo terminó en un caos político y él pasó los últimos años de su vida desterrado. San Martín llegó al cenit de su habilidad en la organización del ejército de los Andes. Su empuje hizo que se reuniera el ejército en Mendoza y su dirección y conocimientos lograron capacitarlo para cruzar los Andes por una ruta alta y peligrosa, para caer sobre los españoles en la batalla de Chacabuco. Para San Martín el pasado era más brillante que el futuro. Infiel a Chile, después de un corto “reinado” en el Perú, murió en la pobreza en Boulogne Sur Mer. Estos destinos estaban escondidos en el futuro que parecía rico en posibilidades cuando la flota viajaba hacia Lima.

Cochrane quería desembarcar sus tropas en Chilca y apoderarse de la capital. San Martín, sin embargo, decidió desembarcar en Pisco, donde dejó a las tropas en un estado de inactividad durante algunas semanas. Antes de partir de Pisco, San Martín emitió una proclamación de la que Cochrane anotó una frase con especial interés:

“El día que Perú libremente se pronuncie sobre la forma que deben tomar sus instituciones, cualquiera que éstas sean, cesarán mis funciones y tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile; del cual soy servidor, que sus esfuerzos heroicos han logrado por fin proporcionar la libertad al Perú y paz para los Estados vecinos”.

Pronto San Martín olvidaría que era un servidor de Chile.

Cochrane, que odiaba la inactividad, preparó un ataque para el 5 de noviembre. A la medianoche planeó capturar clandestinamente el buque insignia español. Desde la última visita de Cochrane al Callao, las de-

fensas de dicho buque habían sido aumentadas. Como protección tenía un botalón fuerte con cadenas, un barco bloqueador y 27 cañones pequeños. Desde tierra, el buque insignia podía ser defendido por 300 piezas de artillería; el nombre del barco era la "Esmeralda". La totalidad de las tropas y tripulación se presentaron como voluntarios para la empresa, de los que Cochrane seleccionó 160 hombres y 80 del cuerpo de marina.

Un poco antes de la doce de la noche, 14 botes, divididos en dos partes, con Cochrane a la cabeza, se acercaron, con sus remos envueltos en trapos, a un pequeño hueco que había en el botalón. El centinela en el bote de guardia casi dió la alarma, pero Cochrane puso la espada en su garganta amenazándolo con la muerte si hacía ruido. Se tomó a los españoles por sorpresa. Cochrane, aunque herido tres veces, dirigió la pelea hasta que la "Esmeralda" se rindió. Después de la captura de la "Esmeralda" tuvo la intención de atacar los otros buques que se encontraban cerca y cortar sus amarras. Sus heridas le impidieron dirigir esta operación personalmente. Los oficiales que encabezaban la operación se contentaron con cortar el cable de la "Esmeralda" y llevarla fuera del puerto. Cochrane quedó muy bien impresionado por la eficiencia de la tripulación chilena. Les congratuló con lo que era para él el más alto elogio:

"Ninguna tripulación de un buque de guerra británico podría haberlos aventajado en la detallada atención que habían prestado a sus órdenes".

Años más tarde, Cochrane comió cada año el día 5 de noviembre con el capitán Grenfell, para celebrar el aniversario de la captura de la "Esmeralda".

Los hechos llevaban ya a una situación en que la ruptura entre San Martín y Cochrane se hacía inevitable. San Martín había hecho el juramento de lealtad al gobierno chileno, del que era su servidor. Como Comandante en Jefe había hecho una proclamación antes de que zarpara la expedición:

"Al entrar a Lima pagaré con puntuali-

dad, a todos los marineros extranjeros que se recluten voluntariamente, la totalidad de sus sueldos atrasados, agregando para cada individuo, según su rango, un año de su sueldo como un premio o recompensa por sus servicios, si él continúa cumpliendo con su deber hasta el día de la capitulación de dicha ciudad y de su ocupación por las fuerzas libertadoras".

Cuando San Martín se proclamó Protector del Perú, no hizo el menor esfuerzo para cumplir con su promesa. La escuadra, sin la cual San Martín nunca hubiera llegado al Perú, no recibió pago ni provisiones. Cuando la falta de comida y de dinero empezó a reducir a la tripulación, se enviaron agentes para persuadir a los oficiales y hombres a abandonar los buques, para que, sin mayor esfuerzo, estos barcos chilenos pudieran ser tomados al servicio del Perú. San Martín ofreció a Cochrane el rango de Primer Almirante del Perú si él ayudaba en esta empresa. Cochrane no aceptó y el 8 de agosto escribió a O'Higgins como sigue:

"Me es doloroso, y lo será también para Ud., verme obligado, en virtud de mi juramento de fidelidad al gobierno de Chile, a revelar que el Capitán General don José de San Martín ya no es el amigo de Chile sino el Protector del Perú".

Después de la actitud de San Martín, Cochrane protegió los intereses de Chile en la mejor forma que pudo.

En el momento en que la tripulación iba a abandonar los buques, Cochrane encontró una manera de pagarlos. El yate de San Martín y una fragata, la "Lautaro", estaban anclados en Ancón. Ambos se hallaban cargados de tesoros. El "Sacramento" tenía plata como lastre y contenía, además, siete bolsos de oro acuñado. Cochrane se apoderó de parte de estos tesoros en presencia de testigos. Todos aquellos que tenían derecho comprobado a esta propiedad recibieron su dinero. Entre ellos estaban don Juan Agüero, don Manuel Silva y don Manuel Primo (según consta en documento del archivo del Ministerio de Hacienda en Lima). Con el

saldo se pagó a las tripulaciones hambrientas su sueldo atrasado. Cada uno dió un recibo y Cochrane no tomó nada para sí. Más tarde, San Martín acusó a Cochrane de haber robado todo su tesoro. Según se desprende de sus cartas, Cochrane guardaba en aquella época un considerable respeto y simpatía por San Martín. Si no se hubieran disgustado y Cochrane hubiera aceptado la oferta de San Martín para ser nombrado Primer Almirante de la flota peruana, la historia del país hubiera sido diferente. Cochrane no habría necesariamente combatido los designios monárquicos de San Martín. Montegudo no habría ejercido quizás una influencia tan dominante y dañina sobre San Martín. Con una poderosa flota para ampararlo, San Martín hubiera sido mucho más fuerte cuando fué al encuentro de Bolívar en Guayaquil y, posiblemente, se hubiera evitado la desmembración del país. Pudo haberse establecido una digna forma de gobierno para las tres veces coronada ciudad de los virreyes. Pero ni amenazas ni sobornos pudieron persuadir a Cochrane a dejar el servicio de Chile. San Martín, mal de salud, quedó sin la energía o la imaginación para fortalecer sus determinaciones. Cochrane estaba ansioso de saber si O'Higgins lo amparaba en sus difíciles decisiones para el mantenimiento de la escuadra. El día 12 de noviembre, O'Higgins le escribió desde Santiago:

“Es doloroso que la guarnición del Callao no se haya rendido bajo su bandera. En ese caso, Ud. y Chile hubieran recibido donaciones y todo hubiera sido pagado sin excusas y, por lo tanto, no se habría encontrado Ud. en la necesidad de requisar propiedades para pagar y al mismo tiempo salvar la escuadra. Yo hubiera hecho lo mismo si hubiera estado allí; así es que le repito, tiene Ud. toda mi aprobación y doy a Ud. y a sus meritorios oficiales mis más cordiales agradecimientos por su fidelidad y heroísmo en favor de Chile”.

Aunque algunas fragatas quedaron fuera de comando, el poder español en el Pacífico

estaba quebrado. Cochrane cruzó el norte hasta México y cambió cartas cordiales con el Presidente Iturbide desde la bahía de Acapulco. Al regreso, se persiguió a los buques “Prueba” y “Venganza” y se pasaron algunos días en Guayaquil. Como no se presentaban más probabilidades de acción y había dificultades para permanecer en el Callao, Cochrane decidió retornar a Chile.

A su regreso a Chile, Cochrane esperaba pasar sus vacaciones en la hacienda que había comprado en Quintero. Le habían llegado de Escocia varias semillas y maquinaria agrícola, pues Cochrane quería introducir nuevas legumbres, tales como zanahorias y nabos y efectuar algunas mejoras en la hacienda. Mientras plantaba árboles y estudiaba nuevos sistemas de riego, recibió informes de descontento en la flota, la que nuevamente no recibía provisiones. Circulaban rumores de que él había depositado, para su propio uso, 9.000 onzas de oro en la fragata inglesa “Davis”. Cochrane regresó a Valparaíso para aplastar estos rumores y dar los pasos necesarios para atender la flota. En Valparaíso encontró que el “Rising Star”, el primer vapor que se utilizaba en el Pacífico, había llegado de Londres.

No sólo había quejas en la escuadra, sino que todo el país se hallaba en estado de inquietud. O'Higgins estaba cansado y había perdido mucho de su popularidad con el pueblo. Muchos creían que estaba demasiado bajo la influencia de Rodríguez Aldea. En Concepción aumentaban el hambre y el descontento. El General Freire pidió a Cochrane que tratara de persuadir a O'Higgins para que renunciara, a fin de evitar así una guerra civil. Freire también esperaba que Cochrane lo apoyaría, pero Cochrane no quería inmiscuirse en la política. Advirtió a O'Higgins de los peligros que le rodeaban. La situación fué empeorando paulatinamente. Imposibilitado para vivir tranquilamente en su hacienda, Cochrane decidió aceptar la invitación del emperador del Brasil, quien le escribió:

“Venga Ud. Milord, el honor le invita, la

gloria le llama. Venga Ud. a dar a nuestras armas navales aquel maravilloso orden e incomparable disciplina de la poderosa Albi6n”.

Las 6ltimas semanas transcurrieron en Quintero en raras condiciones. En noviembre de 1822 un fuerte terremoto destruy6 una buena parte de Valpara6iso y tambi6n la casa de Quintero. Los que all6 viv6an se encontraban, incluyendo a Mar6a Graham, en carpas, calent6ndose con fogatas. Mar6a Graham, que estimaba mucho a Cochrane, le ayud6 a instalar una nueva m6quina de imprimir, con la que emiti6 una proclama de despedida. El 18 de enero de 1823, el Comandante en Jefe desenarbol6 su bandera. La escuadra, cuya bandera hab6a ondeado en triunfo y con el respeto universal, desde el extremo sur de la Rep6blica hasta las costas de California, ya no ten6a Almirante.

Cochrane sali6 de Chile con profundo pesar. Hab6a descubierto que entre 6l y los chilenos exist6a un estrecho lazo de afinidad.

Encina dice en su *Historia* (tomo VII, p6gina 274):

“Cochrane, un desarraigado de su raza y de su patria, quiso y comprendi6 al pueblo chileno. San Mart6n, europeo hasta la m6dula de los huesos, no quiso ni comprendi6 a los pueblos argentino, chileno y peruano”.

Cochrane amaba al pa6s y admiraba el esp6ritu y coraje de su gente. Algo en su temperamento debi6 atraer a los chilenos. Sus oficiales y tropas lo segu6an a trav6s de las mayores dificultades. Bajo su comando, ninguna tarea parec6a imposible de intentar. Es en Chile donde su coraje y empresa han hecho la m6s fuerte impresi6n sobre la imaginaci6n. Muchos escritores han tratado de describir la lucha por la independ6ncia, cuando miseria y grandeza, oportunismo y sacrificio estaban fuertemente mezclados. Estos motivos antag6nicos y lealtades divididas eran inevitables en una situaci6n que constitu6a pr6cticamente una guerra civil. Recientes investigadores de historia han modifica-

do mucho la negra leyenda del dominio espa6ol. Ambrosio O'Higgins, el Padre de Bernardo O'Higgins y un fiel servidor del rey de Espa6a, di6 valiosos servicios a Chile en los 6ltimos a6os anteriores a la Independencia.

El idioma espa6ol, las costumbres y pensamientos estaban hondamente arraigados en el pa6s. Desde la Declaraci6n de la Independencia, el curso de los a6os ha establecido la continuidad en la historia del mismo. En la lucha, Cochrane ten6a una visi6n m6s clara que muchos chilenos. Las disputas que tuvo con Zenteno y con otros oficiales son insignificantes si se comparan con las sangrientas contiendas que dividieron a los caudillos chilenos.

El santo y se6a para el ataque a “La Esmeralda” fu6: *Gloria y Victoria*. Estas palabras son la clave de lo que Cochrane encontr6 en Chile. Para Cochrane la victoria era la recompensa de largos y cuidadosos preparativos. Cuanto m6s arriesgada la idea, m6s trat6 de estudiarla y dominar los detalles para que fueran decisivos. El elemento de sorpresa era muy importante porque manten6a baja la cuota de heridos. Sus m6s grandes triunfos causaron muy pocas p6rdidas de vidas. Las pruebas de la victoria son externas y se relacionan con t6cticas y estrategias. La gloria es algo diferente. Un novelista ingl6s ha escrito:

“La Gloria no es meramente gloria marcial o ambici6n. El amor a la gloria es la confirmaci6n de grandes hechos; todo lo que es grande y magn6nimo procede no de c6lculo, sino de un deseo instintivo en la calidad de la gloria. La gloria se distingue de la buena suerte, porque la suerte exige cuidado; es necesario disimular con sus compa6eros y comprometerse de mil maneras para asegurar sus veleidosos favores. La gloria se gana de una manera directa, si uno tiene el genio para merecerla. La gloria es repentina”.

Esta calidad que Cochrane encontr6 mientras estaba al servicio de Chile le permiti6 olvidarse del pasado. Las penas que hab6a

sufrido ya no destruían el presente. Se acercó lo más que le era posible a la felicidad. Chile dió a Cochrane el comando de una flota. Hubo, hasta cerca de un año después de su muerte, una larga argumentación sobre las consecuencias materiales de aquel nombramiento. Los beneficios reales que Cochrane recibió no eran de orden tangible, pero sí de mucho más valor, para un hombre herido en el fondo de su alma, que ricos salarios o recompensas. En retribución, Chile recibió de Cochrane una lealtad y devoción que siempre ha reconocido y honrado.

Como Primer Almirante de las Fuerzas Navales Imperiales y Nacionales del Brasil, Cochrane encontró que el emperador apreciaba sus esfuerzos. Pero, de repente, se vió enredado en dificultades con los ministros. Intereses poderosos querían mantener las conexiones con Portugal y se oponían a una institución democrática. El capitán Grenfell, que lo había seguido desde Chile, era su segundo en el comando. Con sólo dos buques, añadieron grandes provincias al imperio. En Maranhao, basándose en las experiencias que había tenido en la Cámara de los Comunes en la Gran Bretaña, Cochrane recomendaba una Asamblea Democrática:

“Vamos a proceder con seriedad y metódicamente, sin tumultos, apuro o confusión, para que el acto sea llevado a cabo de una manera que merezca la aprobación de su Majestad Imperial”.

Desgraciadamente, los habitantes no estaban acostumbrados a ese método de gobierno, y después que salió Cochrane ya no operaba la Constitución.

Notables hazañas de navegación, fanfarronadas y violentas presunciones ayudaron a la derrota del poderío portugués. Un convoy compuesto por trece buques de línea y sesenta buques mercantes fué perseguido a través del Atlántico por un solo barco: el buque insignia de Brasil “Pedro Primero”. Se efectuaron muchas capturas. En 1825, Cochrane quiso renunciar tres veces. No había recibido ni sueldo, ni provisiones, ni ins-

trucciones. Se encontraba también quebrantado de salud. Cuando sus solicitudes no recibieron siquiera contestación, Cochrane partió para Inglaterra, llegando al puerto de Portsmouth en junio de ese año.

Su buque, el “Pironga”, fué saludado por el Almirante del puerto. Esta era la primera vez en Europa que se había reconocido la existencia del Imperio del Brasil. Cochrane nunca regresó a Brasil, porque las condiciones de paz entre Portugal y Brasil se arreglaron en el curso del año.

El 4 de noviembre de 1826, Cochrane escribió a O’Higgins como sigue:

“Por mi parte, he estado vagando por el mundo desde la última vez que le vi; la revuelta portuguesa hizo indispensable que yo dejara Brasil. Ahora estoy ocupado fomentando la libertad de Grecia y espero terminar antes de mayo”.

El comandante en jefe de las Fuerzas Navales de Grecia había apreciado en menos de lo que merecían las dificultades reinantes. Cochrane escribió la siguiente carta:

“Port de Poros. Abril 5 de 1827.

A: Su Excelencia el Presidente y a los honorables Miembros de la Asamblea Nacional.

Excelencias:

Los diputados que Uds. me hicieron el honor de enviar, me han informado de sus dificultades en formar un gobierno con la celeridad necesaria a causa de las rivalidades que existen sobre la elección de los ciudadanos para llenar los puestos de autoridades, y de las discusiones sobre el mérito de cada uno de los candidatos. Permítanme sugerir respetuosamente que si cada miembro honorable escribe el nombre de la persona que quiere escoger y lo coloca en una urna, aquél que obtenga la mayoría de votos sería nombrado Presidente, el segundo, Vicepresidente y así sucesivamente, hasta que se complete el nombramiento del gobierno.

Así Ud. evitará discusiones y pérdida de tiempo, cosa valiosa en la situación de Grecia.

En la actualidad, las operaciones navales

y militares están todas suspendidas mientras que el enemigo se prepara para poner fin al asunto que les está preocupando y, a la vez, a la Libertad y la Independencia de su país.

Tengo la honra de quedar, de su Excelencia y de los honorables miembros de la Asamblea Nacional, su obediente servidor”.

Cochrane.

(Archivos Nacionales de Grecia).

Sin embargo, no se pudieron evitar las discusiones que hacían perder el tiempo. En octubre todavía no se había reunido una flota. Las tripulaciones no querían servir por más de un mes y no había oficiales adiestrados. En su larga experiencia Cochrane no había encontrado tantas dificultades, las que nunca pudo vencer. El 20 de octubre, Codrington, quien comandaba la flota británica, con base en el mar jónico, entró en la bahía de Navarino. Allí estaba anclada la flota de Turquía. Aunque no era la intención de Codrington, hubo intercambio de tiros y, dentro de pocas horas, se había destruido la flota turca. La necesidad de tener una flota en Grecia había desaparecido. Al comienzo de 1828, Cochrane regresó a Londres. Solamente existía una flota más que él pudiera mandar. Luego de su regreso de Grecia, Cochrane dedicó mucha de su energía a eliminar los efectos de su condena por fraude. Después de su muerte, su hijo recibió parte de los sueldos que Cochrane había perdido debido a su expulsión de la Marina. En 1847 le restituyeron en la “Order of the Bath”. El príncipe Albert, o sea el príncipe consorte, marido de la reina Victoria, respaldó dicha restitución y, más tarde, le nombró para otro honor como representante de la Marina dentro de la Sociedad llamada “Elder Brethren of Trinity House”. En ese tiempo, cuando el gobierno tenía otro grupo de partidarios, el marqués de Londonderry y lord Brougham podían prestar más ayuda. En diciembre de 1847, nombraron a Cochrane Comandante en Jefe de los Pues-

tos (las posesiones) en América del Norte y Antillas. Durante estos años, ya sea a bordo o en tierra, siempre estaba efectuando experimentos. El futuro de los buques a vapor le interesaba grandemente. Dibujó y diseñó un tipo nuevo de hélices y uno de los primeros motores rotatorios. También produjo mejoras para las locomotoras, diseños para baños turcos y planos para el malecón del río Támesis. Escribió muchos folletos científicos y sobre asuntos náuticos.

Cochrane sirvió en Las Antillas durante años pacíficos. Esto le permitió atender otros intereses que no fueran las guerras. Publicó apuntes sobre la mineralogía de las Islas e hizo sugerencias para el progreso de la pesca. Particularmente se interesaba en el Lago de Pez en la Trinidad, que en aquel entonces no se explotaba comercialmente. Descubrió que contenía materiales adaptables para proteger tuberías y para aplicarlos a las aceras en Londres. Experimentó con aceite como combustible y trató de manufacturar velas de cera. Sus experimentos no le cegaron a la pobreza y miseria en que vivía mucha gente. Estuvo emocionado por la condición de los esclavos que acababan de ser emancipados.

Escribió en sus *Observaciones*:

“Aun cuando signifique un sacrificio, no deberían supeditarse a los presuntos intereses de la Corona Británica los intereses de las posesiones que ella mantiene en América del Norte y las Antillas, sino que los debe considerar como parte del todo”.

En Nova Scotia le sorprendió que no se hubiera hecho ningún esfuerzo para utilizar los recursos del carbón. El preveía que las flotas británicas necesitarían puestos carboneros en aquella parte del Atlántico. Durante sus viajes, estos intereses ocupaban su atención, pero la más grande satisfacción de todas era recorrer la cubierta de su buque como un Almirante británico.

En 1854, Inglaterra tuvo conflictos con Rusia. Se necesitaban Comandantes para las flotas en el Báltico y el Mar Negro. Cochrane era uno de los decanos del Almirantazgo.

go. Al recomendar un nombramiento, sir James Graham escribió a la reina Victoria mencionándolo como sigue:

“Tiene 79 años de edad y aunque sus energías y facultades están intactas y con su acostumbrado valor se presenta voluntario para el servicio, sin embargo, existen razones para temer que podría comprometer hondamente las fuerzas navales bajo su comando en alguna arriesgada empresa donde las probabilidades de éxito no compensarían el riesgo de un fracaso y las consecuencias fatales que podría traer. La edad no ha abátido el espíritu de aventura de este valiente oficial, el cual ninguna autoridad podría contener, y, siendo incontrolable, podría acarrear resultados desafortunados. El Gabinete, revisando con todo cuidado la cuestión, ha decidido que el nombramiento de Cochrane no sería conveniente”.

Para un hombre acercándose a los 80 años esto era un elogio a su vitalidad.

Hacía mucho tiempo que Cochrane deseaba pasar su vejez en Escocia. Nunca se cumplió este deseo. En sus últimos años se ocupó más y más de su biografía y estaba ansioso de establecer su inocencia de los cargos que se habían formulado en contra suya. Por entonces escribía:

“Dentro de todas las injusticias de que he sido víctima, siempre he resuelto por consideración a mi familia, para la cual mi carácter es una herencia, que ninguna deshonra me seguirá a la tumba, porque no he merecido ninguna”.

Sus libros, principalmente, han tenido éxito en comprobar su inocencia. No son perfectos, pero su estilo limpio y enérgico lleva convicción.

Comenzó a sufrir de sus antiguas heridas. La historia de sus servicios en Grecia nunca se completó. Murió trabajando, a los 85 años de edad. Con su muerte vino el repentino reconocimiento de todo lo que había logrado. Se le sepultó en la nave central de la Abadía de Westminster. El distinguido científico Palegrave escribió lo siguiente para su lápida:

“Aquí yace, con 85 años de edad,
Thomas Cochrane

10.º Conde de Dundonald,

Barón Cochrane de Dundonald,
de Paisley y de Ochiltree,

Par de Escocia.

Marqués de Maranhã en el
Imperio de Brasil.

G. C. B. (Gran Comandante de la Orden
del Baño)

y Almirante de la Flota,

quien por la confianza que su extraordinaria ciencia y coraje inspiraban, y por los heroicos esfuerzos en la causa de la Libertad, y sus espléndidos servicios tanto a nuestro país como a Grecia, Brasil, Chile y Perú, logró un nombre ilustre en todo el mundo por su coraje, patriotismo y caballerosidad.

Nació en diciembre de 1775.

Falleció el 31 de octubre de 1860”.